

Las cartas de Carpentier a Roberto González Echevarría

Ángel Esteban (Universidad de Granada)

[González Echevarría, Roberto. *Cartas de Carpentier*. Madrid: Verbum, 2008]

Dentro de unos años será casi imposible publicar un libro como el que Roberto González Echevarría ha dado a las prensas el año pasado con un interesantísimo conjunto de cartas de Carpentier, enviadas al crítico cubano instalado en New Haven, desde julio de 1972 hasta febrero de 1980. Será imposible porque ya casi nadie escribe cartas en papel y las envía por correo normal a sus destinatarios. El correo electrónico ha terminado con el ejercicio artístico y perdurable de los epistolarios manuscritos con la firma real de quien envía la misiva y, lo que es peor, puede acabar también con el empeño de los escritores por cuidar el estilo, ya que un email se considera a menudo como un material efímero, condenado a desaparecer en el interminable y misterioso piélago del ciberespacio.

Afortunadamente, todavía quedan restos de materiales valiosísimos, tanto por los datos que aportan como por la relevancia de los personajes involucrados en la relación epistolar y la calidad de la escritura. Uno de ellos es el libro *Cartas de Carpentier*, publicado por la editorial madrileña Verbum en 2008, que contiene no sólo esas epístolas del narrador al crítico, sino también todo un conjunto de textos adyacentes que complementan informaciones y puntos de vista, como la introducción de González Echevarría sobre su relación personal con Carpentier, las coincidencias y discrepancias de ambos en temas literarios, históricos, sociales, políticos e incluso en lo que se refiere a las mismas obras de Carpentier. Lo más inquietante en esta sección es el pulso que mantienen los dos, que se pone a prueba después en el desarrollo de las cartas, acerca de la orientación de las investigaciones de González Echevarría. Da la impresión de que Carpentier deseaba influir en los resultados de las pesquisas del investigador y, por decirlo con las mismas palabras que el catedrático de Yale, quería hacer de él un “testaferro” para escribir un libro sobre sí mismo a través de Echevarría. Concluye el crítico que eso “es algo a lo que él probablemente estaba acostumbrado con los sumisos críticos radicados en Cuba, a los que no les quedaba tal vez otro remedio” (pág. 15).

Es muy útil, a la vez, la contextualización de las cartas que sigue a la introducción, ya que muchas veces, la carta aportada contesta a una carta anterior de Roberto o a una conversación que ambos han tenido, y si no se explica el origen del comentario es imposible entender el significado de la carta. Por eso, antes de proceder a la publicación de los textos del narrador,

dedica unas líneas a repasar, una por una, las cartas, y aclarar las circunstancias en que fueron escritas. También podemos encontrar un capítulo en el que el crítico de Yale University comenta por extenso los pormenores de la visita que Carpentier hizo a esa institución universitaria norteamericana en marzo de 1979, poco antes de morir, cuando ya se sabía que tenía cáncer, y con todas las dificultades que entrañaba entonces llevar a los Estados Unidos a un miembro del buró político y cultural de Cuba.

Finalmente, dos anexos completan la obra: uno con nueve cartas de González Echevarría a Carpentier, algunas de ellas complementarias de las cartas anteriores, y una entrevista que el crítico y profesor le hizo al narrador en París el 30 de mayo de 1973, donde trataba temas como el libro de *La música en Cuba*, maestros de Carpentier como Proust y Faulkner, las polémicas sobre “lo real maravilloso” frente al “realismo mágico” en los cincuenta y sesenta, y opiniones sobre diversos personajes de la literatura y el pensamiento como Fernando Ortiz, J-P. Sartre u Ortega y Gasset.

Las cartas entre los dos personajes tienen un valor histórico incontestable, porque a menudo aparecen en la conversación, alrededor de los comentarios sobre la mayoría de las obras de Carpentier, ideas y opiniones sobre temas culturales diversos, en relación con la música, la arquitectura, la política internacional, la historia contemporánea, diversas filosofías, la religión y ciertos planteamientos científicos. Quiero destacar sobre todo dos temas: la omnipresencia de la figura del dictador en la historia y la literatura de América Latina, y algunas polémicas relacionadas con las izquierdas latinoamericanas de los sesenta y setenta.

El tema del dictador aparece sobre todo en las cartas de 1974. Hay que recordar que es el año en que Carpentier publica *El recurso del método*. Las conversaciones entre los dos giran en torno a las sugerencias de González al narrador tras la lectura del libro. Carpentier comenta que es un tema muy difícil de tratar porque, si “acerca de él se dice toda la verdad, se nos vuelve un personaje inverosíblemente vicioso, inverosíblemente cruel, inverosíblemente estúpido” (pág. 67) y, además, después de casi dos siglos de andadura independiente, en América Latina se sigue dando esa figura y es necesario hablar de él. Es muy interesante el sesgo ideológico que toma para Carpentier el tema del dictador, porque al bajar al mundo de los personajes concretos sólo se acuerda de Pinochet cuando dijo que en su país nunca había habido lucha de clases por que eso era un invento de los marxistas, a la vez que negaba que hubiera presos políticos en Chile. Y cuando tiene que citar más dictadores recuerda a Melgarejo, Huerta, Menocal, Guzmán Blanco, Trujillo, Porfirio Díaz, Estrada Cabrera, Juan Vicente Gómez, Somoza, Pérez Jiménez y Machado, pero nunca se atreve a nombrar a Fidel Castro, el cual, en 1974, después de quince intensos años de poder absoluto, ya había dado muestras más que suficientes de omni-

presencia en el escenario político de la Isla y que, a los mismos intelectuales y escritores (incluido Carpentier) había dicho, sin matices: “Dentro de la revolución, todo; fuera de la revolución, nada”.

El segundo tema aparece sobre todo en una carta de septiembre de 1974, el año en el que más fecunda fue la relación epistolar entre los dos cubanos. La polémica sobre la izquierda latinoamericana de esos años se produce a raíz de unas declaraciones de García Márquez en una entrevista, donde censura a una línea política de izquierdas muy común en América Latina, porque muchos de sus movimientos revolucionarios se basan en conceptos de acción política que no son útiles para el continente, pues no se adaptan a sus necesidades. Asimismo, García Márquez critica a la Unión Soviética porque no escucha las voces que en su interior reclaman espacios para la democracia, y tiene también palabras duras para Cuba, porque allí se acusa con frecuencia a muchos escritores de ser agentes de la CIA sin serlo realmente, y se alude al hombre nuevo del Che sin que eso tenga una realidad práctica, ya que el argentino deseaba convencer, absurdamente, a una sociedad materialista de que se puede vivir sin incentivos materiales. Carpentier reprocha en su carta al colombiano haberse apartado de la línea del partido. Le dice que si sigue así, acabará haciéndose aborrecer por la gente joven, y que su crítica puede ser respetable cuando niega algo, pero no cuando acaba con todo un modelo de vida.

Por lo demás, la mayoría de las reflexiones de Carpentier tienen más que ver con la literatura que con la política. Es destacable, por ejemplo, la carta del 15 de marzo de 1974 donde afirma que él no puede escribir sin vivencias, que tiene muy poca imaginación y es absolutamente incapaz de inventar una historia. O la del 30 de septiembre de 1977, donde justifica haber pasado diez años sin publicar una novela, desde *El Siglo de las Luces* hasta *El recurso del método*. Para ello acude nuevamente a García Márquez, porque él también pasó muchos años sin publicar entre *Cien años de soledad* y *El otoño del patriarca*, y a Rulfo, que después de dos obras magníficas calló para siempre. Esos silencios, para él, son prueba de honestidad intelectual y de seriedad en el trabajo, mientras que otros escritores como Balzac, pierden estatura literaria cuando se ven obligados a publicar todos los años. En definitiva, estamos ante un libro delicioso, no exento de polémica, que puede abrirnos nuevas perspectivas sobre la vida y la obra de uno de los narradores más geniales de todos los tiempos en el Caribe.